



NOTAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LOS ESTUDIOS CULTURALES EN EL ÁMBITO DE LA HISTORIA CULTURAL DE LA EDUCACIÓN Y LAS REPRESENTACIONES

Johan Cristian Cruz-Cruz

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

johan_cruz@uaeh.edu.mx

Área temática 1: Filosofía, teoría y campo en la educación

Línea temática: Límites y fronteras del campo educativo con otras disciplinas humanísticas y sociales. El lugar de las humanidades en el mapa general del conocimiento

Tipo de ponencia: Aportación teórica



Resumen

La presente ponencia tiene como objetivo explorar la relación entre los estudios culturales, las representaciones sociales y la historia cultural de la educación como corriente historiográfica, de tal suerte que las disciplinas puedan beneficiarse a partir de un diálogo crítico en el que se aborden las problemáticas complejas emanadas desde lo educativo. Los estudios culturales pueden proporcionarnos información valiosa sobre aspectos de la historia, sobre todo aquella que conserva enfoques tradicionales; ante esta situación, la historia puede constituir un desafío para los estudios culturales sobre todo en elementos vinculados a la verdad, la realidad y la evidencia, por lo cual ambas disciplinas pueden entablar diálogos intercambios para abordar los desafíos de ambas disciplinas, sobre todo en lo que concierne a la investigación educativa. Así pues, historia cultural de la educación, en conjunción con los estudios culturales, visualizan la complejidad cultural del fenómeno educativo desde una perspectiva de análisis crítico que busca entender y analizar la manera en que las prácticas culturales se han visto influenciadas en gran medida por eventos de carácter económicos, políticos y sociales en un tiempo y espacio determinados. Finalmente, las representaciones sociales son formas de entender la realidad la cual se encuentre influenciada por el contexto cultural e histórico en el que se desarrolla, tienen un papel fundamental en la comprensión de las relaciones sociales y culturales. Todo esto se produce gracias a que una representación es una construcción colectiva que se crea y transmite a través del lenguaje, la cultura y la historia.

Palabras clave: Estudios culturales, historia cultural, historia cultural de la educación, representaciones sociales

Introducción

El campo educativo, al igual que otras disciplinas humanísticas y sociales, tiene límites y fronteras que lo separan de otras áreas del conocimiento. Sin embargo, estas fronteras pueden ser permeables y pueden existir puntos de convergencia e intercambio en temas específicos. En cuanto a la relación del campo educativo con las humanidades y las ciencias sociales, estas áreas tienen en común su preocupación por el desarrollo de la persona en su dimensión más amplia. Las disciplinas humanísticas y sociales se enfocan en la exploración y comprensión de la cultura humana, mientras que la educación se enfoca en la formación de la persona para su inserción en una sociedad determinada. Estas áreas comparten el interés en el desarrollo de la subjetividad, la conciencia crítica y la reflexión sobre la vida y la sociedad.

Desarrollo

Durante la segunda mitad del siglo XX, los estudios culturales se internacionalizaron debido a la importancia que adquirió la lengua inglesa en la producción académica. Mattelart y Neveu llaman a esta expansión “el big-bang” de estos estudios, señalando una serie de condiciones para la transmisión de estos; entre otros, podemos señalar: a) Aumento de la matrícula en las universidades debido a la democratización de estos espacios; b) Creación de nuevos objetos de estudio que respondieron a los intereses de los nuevos estudiantes; c) Supremacía de la cultura anglófona en los medios académicos (Mattelart y Neveu, 2004; Grossberg, 2012). Tales escenarios permitieron la consolidación de estos estudios a lo largo de la década de los noventa; sin embargo, la novedad pronto se devaluó debido a las razones que propiciaron su internacionalización: el “creciente peso demográfico” representado por el aumento de especialistas en estudios culturales, pero sin un método homogeneizado que legitime esta labor, tal como lo han denunciado los detractores de los estudios culturales como Carlos Reynoso:

A pesar de la frecuencia con que se nos dice que los estudios culturales constituyen una forma crítica del conocimiento, su crítica no está diseñada ni para construir evaluaciones de arquitectura y escala aceptables, ni para usarse reflexivamente, ni (mucho menos) para responder con dignidad a las objeciones que se les formulan. (Reynoso, 2008, pp. 277-278).

La principal crítica hacia los estudios culturales se centra en el argumento de que dicha disciplina no tiene los argumentos epistemológicos necesarios para dar respuesta a problemas cotidianos; es decir, no tiene una definición clara y concreta, lo que la hace difícil de enmarcar. También se arguye que, a menudo, no tiene una base teórica sólida y se basa en la interpretación subjetiva (Doms y Moscovici, 1986). También se ha criticado tiende a centrarse en las minorías y excluye algunas otras perspectivas. Por lo tanto, hay críticas tanto en su definición como en su

metodología y perspectiva de abordaje, aunque es posible tomar preceptos metodológicos para justificar nuestra labor desde el punto de vista histórico, antropológico, lingüístico, sociológico, entre otros, tal como lo señala María Elisa Cevasco (2012):

Dado que la representación de raza, género y etnia atraviesa siempre procesos culturales, estos movimientos derivan en la práctica de los estudios culturales hacia la aparición de trabajos sumamente interesantes [como] los vínculos entre la disidencia social de los homosexuales y la ciencia política; sobre la explotación de la sexualidad femenina negra en la industria cultural. Pero la fuerza de los tiempos se deja oír poderosamente y, en la mayoría de los trabajos sobre política de identidades, lo que se aprecia es un cambio en la politización de la –es decir, el momento resultasen evidentes los aspectos políticos de cuestiones antes consideradas apartadas del mundo real del poder y de la economía, como el sentido de la identidad, lo que significa ser humano o vivir de una determinada manera (p. 152).

La importancia de la anglofonía fue determinante para la conformación de los estudios culturales, por lo cual es necesario tomar en cuenta el “tema de la excepción francesa” que se desarrolló a la par que los estudios culturales realizados en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos de Norteamérica. De la tradición francesa nos interesa la revolución historiográfica iniciada con la publicación de la revista *Annales*, en 1929. No obstante, aunque pretendemos establecer un vínculo entre la historia social y cultural en el marco de los estudios culturales, debemos mencionar que Francia aparece en el mapa de lo cultural debido a la revolución historiográfica llevada a cabo en ese momento.

Donald R. Kelley en “El giro cultural en la investigación histórica”, asevera que antes de que en la escuela de los Annales se debatiera y discutiera sobre la pertinencia de la investigación en lo social y en lo cultural, en buena parte de Europa se discutía sobre, por lo menos de tres antecedentes de la nueva historia cultural. a) La primera manifestación de esta nueva escuela surge a finales del siglo XVIII en oposición a la historia militar y política imperante en ese momento; b) Hacia 1870, Johann Gottfried Herder recibió el título de Fundador de “lo que denominamos historia cultural”, esa fue la segunda manifestación de la paulatina del desarrollo de esta disciplina, “el desarrollo de la historia cultural fue espectacular, especialmente en Alemania: unos cien títulos con el término “cultura” aparecieron antes de 1870 y el ritmo de publicación se incrementó posteriormente”; c) El tercer momento se presentó durante los primeros años del siglo XX con la figura e influencia de Karl Lamprecht y su novedoso enfoque “nuevo método de historia”, el cual tuvo buen recibimiento en los Estados Unidos de Norteamérica; sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial, la producción académica e historiográfica de aquel país se detuvo (Kelley, 1996, pp. 36-39).

Aunado a lo anterior, debemos considerar el surgimiento de nuevos métodos como el caso del “giro lingüístico” y el “nuevo historicismo”. Sobre la primera categoría podemos indicar que fue un término dado a conocer en 1964: “El giro lingüístico fue una expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964 y hecha famosa por la colección de ensayos publicados por [Richard] Rorty

con dicho título en 1967. No solo la filosofía sino también la investigación histórica ha sido afectada por este giro lingüístico.” (Kelley, 1996, p. 39) Para finalmente rematar con el nuevo historicismo de las décadas de los ochenta y los noventa, cuya principal novedad fue el interés por buscar grupos marginales. La importancia del giro lingüístico radica en el hecho de que la comprensión de nuestro pasado no sólo se encuentra determinada por lo que el pasado representa en sí mismo, sino por el tipo de lenguaje que utilizamos al describir estos procesos; de esta forma, la historia se construye y deconstruye de la forma en la cual el historiador argumente su narrativa al momento de escribir historia, lo cual constituye una de las tesis más importantes de Hayden White (2011) en su obra *Metahistoria*.

La historia cultural no es un tema que se estuviera trabajando únicamente en Francia, ya que tanto como Alemania y Reino hacían lo propio; no obstante, la influencia para México, mayoritariamente, proviene de Francia y Estados Unidos, aunque con algunos tropiezos, tal como lo señalan Justo Serna y Anaclet Pons: “En aquella retahíla faltaba algo que ahora vemos con claridad: la conversión de la propia disciplina en objeto cultural, la adopción de la obra histórica como lenguaje, como texto, como construcción, como discurso” (2013, p. 205).

Sin embargo, buena parte del debate sobre la historia cultural proviene de Francia y Estados Unidos, lo cual no quiere decir que sean las únicas dos fuentes de conocimiento para historiadores latinoamericanos; aunado a lo anterior, los estudios culturales desarrollados en Reino Unido no contemplaron a la historia como ocurrió en el caso de la sociología o la antropología.

Es por ello que Peter Burke, Carlo Ginzburg, Natalie Zemon Davis, Robert Darnton, Roger Chartier o Clifford Geertz son las figuras más representativas del giro cultural de la historia, lo cual fue posible gracias a la escuela invisible que describen Justo Serna y Anaclet Pons, si bien todos estos autores no contaban con una escuela o centro de investigación en particular para reunirse, lo que hacían era mantener comunicación a distancia y gracias a ellos las escuelas de historia cultural en Estados Unidos y Francia son las que han tenido los aportes más interesantes desde la revolución cultural iniciada por la publicación de la revista *Annales* (Serna y Pons 2013, pp. 205-206; Restrepo, 2014; Ginzburg, 2004; Hobsbawn, 1995).

Las reflexiones emanadas a partir del posible vínculo entre la historia cultural y la teoría de las representaciones sociales, visto desde el punto de la psicología social, no es tan sencilla como parece, ya que son disciplinas surgidos en distintos momentos, pero, que ha dado la oportunidad a diversos investigadores de tomar el término de “representación” sin propiciar o explicar desde el manejo que darán al usar el concepto. Por ejemplo, en el texto coordinado por Susana Sosenki y Elena Jackson Albarrán (2012) en *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina* indican que la representación y la acción social son elementos indisociables, citando, además, a Roger Chartier para apoyar la idea de que todas las prácticas y estructuras generan representaciones, las cuales son dotadas de significado por el sujeto ya que tienden a ser contradictorias y enfrentadas.

Las representaciones se generan entre sujetos que comparten experiencias mediante actos de habla o de comunicación, de ahí que las estructuras no generen representaciones, en todo

caso, la estructura sería la representación de algo simbólico para la persona; si ese fuera el caso, entonces el sentido común mediado por la experiencia permitiría al sujeto representar “algo” (p.10). En otro capítulo del libro en cuestión titulado “La representación social de la infancia mexicana a principios del siglo XVI”, el autor toma un concepto de representación de Moscovici y del trabajo en conjunto de José Antonio Castorina y Carina Viviana Kaplan; no obstante, también remite al lector a Durkheim, lo cual hace confuso saber qué es lo que el autor está planteando como representación social (Díaz Barriga, 2012). En este sentido, Rodrigo Laguarda toma el concepto de representación a partir de Roger Chartier y Clifford Geertz, señalando que el concepto de representación lo construye a partir de un enfoque antropológico-histórico; no obstante, el autor termina cayendo en una contradicción:

Quando hablamos de representaciones sociales, aludimos a saberes, estereotipos, sentidos comunes, prejuicios, ideas compartidas que conforman un sistema abierto relacionado con prácticas e inserto en relaciones de poder. Los antropólogos han aprendido a concebir representaciones colectivas como hechos sociales, es decir, como trascendentes de la voluntad individual, cargados con la fuerza de la moralidad y, en definitiva, como realidades sociales (Laguarda, 2009, pp. 30-31).

A nuestro parecer no hay una comprensión, ni un correcto manejo epistemológico de los conceptos en cuestión ya que, las representaciones sociales y las representaciones colectivas podrían parecer similares, pero no lo son, podemos identificar representaciones sociales mediante tres características: su componente social, el que siempre representan algo y su simbolismo. No obstante, el término representación cada vez en menos claro y utilizado, con este hecho cada disciplina se está dando a la tarea de reelaborar nuevas definiciones para una definición establecida y consensuada, tal como Carlo Ginzburg que propone significados que no tienen que ver con el sentido de la representación desde el plano psicosociológico:

En las ciencias humanas se habla mucho [...] de “representación”: éxito debido, indudablemente, a la ambigüedad del término. Por una parte, la representación lo es de la realidad representada, de modo que evoca su ausencia; por otro lado, hace visible la realidad representada, y por ello sugiere su presencia. Pero esta contraposición fácilmente podría deshacerse: en el primer caso la representación está presente, aunque solo sea como equivalente; en el segundo termina remitiendo, por contraste, a la realidad ausente que pretende representar. (Ginzburg, 2018, p. 85).

Nos encontramos en un punto en el que cada disciplina desea fundamentar y consolidar la concepción de sus saberes, es por ello por lo que cada vez resulta más complicado identificar representaciones sociales:

Estrechamente asociado a esta problemática se encuentra el problema de identificar al concepto de representación social, distinguiéndolo de otros conceptos, lo que exige diversos análisis conceptuales para identificar lo distintivo de las representaciones sociales, una especificación de su significación en comparación con categorías de las

ciencias sociales y la psicología cognitiva: hábitos, mentalidad histórica, conceptos cotidianos imaginario social, mito e ideología. (Castorina, 2016, p. 82)

Conclusiones

El estudio de la historia cultural, los estudios culturales y las representaciones sociales responde al desarrollo de una metodología que nos permita entender la noción cultural desde tres elementos teóricos aparentemente inconexos, pero de gran valía cuando se logra realizar una triangulación adecuada. Es decir, nuestro sentido común nos permite representar, la representación por sí misma es un hecho u objeto de estudio de la historia y los estudios culturales; es decir, es necesario identificar algo, nombrarlo y, si es necesario, describirlo. En este tenor, nuestro objeto de representación puede ser problematizado gracias a las interrelaciones establecidas entre la historia y los estudios culturales. Es importante hacer notar que es más común asociar los estudios culturales con las representaciones sociales, dejando de lado la historia cultural, aunque la relación entre estas tres metodologías nos permite representar la realidad como un problema de carácter epistemológico y cultural. Esta es la relevancia social y científica de la combinación de los tres enfoques, debido a que nos permiten analizar y explorar las dimensiones culturales del pasado, hablando en términos históricos. Al mismo tiempo nos proporciona identificar elementos de nuestro entorno que pueden ser objetos de representación, ya sean estos materiales o simbólicos y, gracias a la problematización interdisciplinaria podemos generar vías de análisis a partir de los estudios culturales. Con esta última reflexión, también hacemos patente que las fronteras del conocimiento humanístico y social son cada vez más delgadas y en diversos casos podemos plantear elementos metodológicos de carácter interdisciplinario con el objetivo de hacer nuestro entorno mayormente inteligible.

Referencias

- Castorina, José Antonio (2016). "El significado del marco sistémico en la teoría de las representaciones sociales", en *Cultura y representaciones sociales*, año 11, núm 21.
- Cevasco, María Elisa (2012). *Diez lecciones sobre estudios culturales*, Buenos Aires, Argentina, la marca editora, Trilse.
- Díaz Barriga Cuevas, Alejandro (2012). "La representación social de la infancia mexicana a principios del siglo XVI", en Sosenski, Susana y Elena Jackson Albarrán (coords.). *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina*, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Históricas/ Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 23-62.

- Doms, Machteld y Serge Moscovici (1986)., "Innovación e influencia de las minorías", en Moscovici, Serge, (ed.), *Psicología social I. Influencia y cambio de actitudes, individuos y grupos*, Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- Ginzburg, Carlo (2004). "Huellas. Raíces de un paradigma indiciario", en *Tentativas*, Rosario, Protohistoria, pp. 93-155.
- Ginzburg, Carlo (2018). *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, España, Ediciones Península.
- Crossberg, Lawrence (2012). *Estudios culturales en tiempo futuro. Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Hobsbawn, Eric (1995). "De la historia social a la historia de la sociedad", en *Historia Social*, núm., 10, pp. 5-25.
- Kelley, Donald R., (1996). "El giro cultural en la investigación histórica", en Olábarri Gortázar; Ignacio, Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta (comps.), *La "nueva" historia cultural, la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, España, pp. 35-48.
- Laguarda, Rodrigo (2009). *Ser gay en la Ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*, Ciudad de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/ Instituto Mora.
- Mattelart, Armand y Érick Neveu (2004). *Introducción a los estudios culturales*, México, Paidós.
- Restrepo, Eduardo. (2014). Estudios culturales en América Latina. En *Revista de Estudios culturais*, 1, pp. 1-14.
- Reynoso, Carlos (2008). *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*, Barcelona, Gedisa.
- Serna, Justo y Anacleto Pons (2005). *La historia cultural: autores, obras y lugares*, Madrid, Akal
- Sosenski, Susana y Elena Jackson Albarrán (2012). "Introducción", en Sosenski, Susana y Elena Jackson Albarrán (coords.), *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina*, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- White, Hayden (1992). *Metahistoria*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.